

EL ECO DE CARTAGENA.

PUNTOS DE SUSCRICION.

Cartagena: Liberato Montolla y García, Mayor 24, Madrid y Provincias, corresponsales de la casa de ~~Montolla~~

SEGUNDA ÉPOCA.

PRECIOS DE SUSCRICION.

En Cartagena un mes 8 rs.—Trimestre 24.—Fuera de ella, trimestre 30.—Números sueltos un real.

Sábado 12 de Agosto.

El Eco de Cartagena

Cartagena
a la luz de la tradicion
y de la historia.

[SAN FULGENCIO]
(Continuacion.)

De dos maneras podemos considerar la vuelta de Fulgencio á Cartagena; por intereses de salud ó por reversion. Unos dicen que los achaques de su avanzada edad le llevaron á buscar el alivio bajo el benigno influjo de los aires patrios; otros que teniendo el Rey Sisebuto que dar sucesion á Vicencio, noticioso de que Fulgencio ocupara en otros tiempos la cátedra Cartaginense, y mirando á que habian cesado las causas que aconsejaron su traslacion á Ecija, quiso que este se restituyese á su primitiva Silla.

Tanto pudiera ser lo uno como lo otro: hechos son estos, cuya aceptacion no admite repugnancia: y quien sabe si ambos motivos formarian causa comun en el suceso; pero considerando que las conveniencias personales, aun aquellas que mas afectan á la propia conservacion, estuvieron en Fulgencio subyugadas siempre á los altos deberes de su ministerio, á su abnegacion y celo apostólico, nos inclinamos á creer que en este acontecimiento el móvil determinante fuera única y exclusivamente la obediencia. Mas sea de ello lo que quiera, el hecho es que volvió á Cartagena, ó mejor dicho á Bigastro, á cuyo punto se habia trasladado su antigua silla episcopal.

Si grande fué la alegria de sus paisanos, mayor fué la pena que en ello tuvieron los Ecijanos; y nada mas natural: nuestro Fulgencio habia sido para ellos el padre solícito pacificador de sus discordias y velador constante de sus necesidades. Mas grande debemos considerar todavía la que tendrian en su se-

paracion Fulgencio y Florentina tiernos corazones ligados por un amor entrañable, embellecido con los dulces recuerdos de la infancia que discurrió dichosa en el palacio de sus padres; amor que creció y concluyó de acrisolarse en las amarguras del destierro.

Ambos hermanos se dieron la que debia ser su última despedida, tal vez presentada por ellos mismos, pues los dos estaban en edad bastante avanzada. Es de inferir las piadosas recomendaciones que haria Fulgencio á su Santa hermana, así como al clero y pueblo de Ecija, entre quien aun se conserva y pregona la buena memoria de tan esclarecido prelado.

Partió pues Fulgencio para su antigua metropolitana Sede, huida ahora y reducida por obra de Gundemaro á la simple condicion de tributaria. Constante en su sistema dióse desde luego á sus habituales ejercicios de ejemplarizar y atraer con sus austeridades y predicaciones, supliendo las debilidades del cuerpo con fervorosos arranques del espíritu; pero sus años eran muchos, su estenuamiento estremado por efecto de las penitencias, continuas vigiliass y afanosos cuidados pastorales, y de aqui aquellos frecuentes deliquios y profundos desmayos, en muchos de los cuales llegó á juzgarse como muerto.

Semejantes angustias dieron á conocer á nuestro Santo se acercaba el momento de su tránsito de esta vida caduca á la sempiterna del cielo: la hora suprema, cuyo ideal fué la preocupación constante de su vida.

En esta conviccion recogió su espíritu para solo pensar en la muerte, preparándose para ella con una penitencia pública, segun era costumbre en aquellos tiempos; y para mayor consuelo de su alma quiso tener á su lado á su hermano *Isidoro* y á *Braulio* el discípulo dilecto de este. Un mismo enviado avisó á uno y otro del deseo de Fulgencio quien parece como que estuvo entreteniéndose á la muerte hasta la llegada de aquellos. Su presencia llenóle de

sumo gozo, y fácil es adivinar toda la ternura de semejante entrevista en momentos tan supremos ¡Cuanto no se dirian entrambos hermanos! ¡Que santos temores de una parte: que tiernos consuelos de la otra! ¡Que edificacion tan grande en esta mútua manifestacion del amor y de la Santidad!...

Fulgencio en fin pidió á su hermano le administrase los últimos Sacramentos que recibió con las disposiciones de su santa reputacion; y con la tranquilidad del justo y el gozo de los escogidos exhaló su último aliento en el ósculo del Señor.

La España perdió en este acontecimiento una de sus mas legítimas glorias, la iglesia uno de sus mejores ornamentos el catolicismo un apóstol, el episcopado el ejemplo vivo de sus altos deberes.

No hay para que ponderar el general sentimiento de que se hizo eco todo el reino en la muerte de tan gran Santo, sobre todo los cartaginenses, sus paisanos, los cuales lo demostraron con abundantes lágrimas y corazon sencillo, haciéndose todos lenguas en alabanzas, panegirizando sus virtudes y llamándole santo y padre de pobres.

Celebráronse sus funerales con todo el esplendor que pedia su alta dignidad y el crédito de su nombre; y es fama de haber asistido á ellos el Rey Recaredo con gran acompañamiento de la nobleza. Su cadáver fué sepultado en la capilla de San Juan Bautista de nuestra antiquísima iglesia catedral.

Unas mismas áuras orearon su cuna y su sepulcro; la misma luz que presidió las alegrías de su nacimiento, derramóse ahora languidamente para alumbrar sus funerales. Aquí tomó puerto á su arribo á la vida y aquí volvió á tomarlo para tornar á la eternidad.

La vida de S. Fulgencio tuvo en Cartagena su oriente, su zénit y su ocaso. Así lo afirman la mayor parte de los historiadores; así se lee en las lecciones del antiguo breviario que rezaba la Iglesia Cartaginense por los años de mil quinientos trein-

ta y cinco, (1) y así ha llegado hasta nosotros en tradicion robusta, inmemorial y constante.

Sobre el año de su muerte, aunque existe la misma divergencia de pareceres que respecto de su nacimiento, podemos no obstante computarlo por el breverinado de Recaredo segundo que discurrió en el de seiscientos veintiuno, mirando fuera este el que asistiera á su entierro, pues que el primer monarca de igual nombre murió en el de seiscientos uno, cuando nuestro patrono se hallaba de obispo de Ecija.

Respecto de su culto es indudable que desde el momento de su muerte se le dió veneracion de Santo. En esto tenemos la autoridad innegable de San Julian metropolitano de Toledo que floreció en el mismo siglo en que murió San Fulgencio; y tambien los *Dísticos* de la misa gótica en que se hace su memoria junto con las de sus hermanos *Leandro* é *Isidoro*. El P. Rodrigo de Yepes en su historia de Santa Florentina publicada en mil quinientos ochenta y cuatro dice que habia nuevecientos años que esta y San Fulgencio tenian iglesia pública y altar; de modo que discurriendo retrospectivamente vendremos á parar al siglo sétimo en que fallecieron ambos hermanos. Por otra parte, la misma oscuridad en que caminamos para buscar el principio cierto del culto de San Fulgencio nos lleva como de la mano á los tiempos mismos de su muerte. Para nosotros la misma lámpara que alumbró en sus funerales continuó encendiéndose en su honor por la piedad de sus contemporáneos; y esto no admite repugnancia, porque en aquellos tiempos los obispos permitian estas manifestaciones de religioso afecto hácia las personas que morian en opinion de santidad.

Como unos treinta años, se dice permaneció el cuerpo de San Fulgencio en tierra de su patria. Al cabo de este tiempo fué trasladado

(1) En el archivo de esta Ciudad se guarda un ejemplar de este breviario, regularmente conservado.